

SEPULTURERO 1.º

¡Mala peste en él y en sus travesuras!....
Una vez me echó un frasco de vino del Rin por
los cabezones.... Pues señor, esta calavera es
la calavera de Yorick, el bufon del Rey.

(El sepulturero le da una calavera á Hamlet.)

HAMLET.

¿Esta?

SEPULTURERO 1.º

La misma.

HAMLET.

¡Ay pobre Yorick!.... Yo le conocí, Hora-
cio.... Era un hombre sumamente gracioso, de
la mas fecunda imaginacion. Me acuerdo que sien-
do yo niño me llevó mil veces sobre sus hom-
bros.... y ahora su vista me llena de horror,
y oprimido el pecho palpita.... Aquí estuvie-
ron aquellos labios donde yo di besos sin núme-
ro.... ¿Qué se hicieron tus burlas, tus brin-
cos, tus cantares, y aquellos chistes repentinos
que de ordinario animaban la mesa con alegre
estrépito? Ahora, faltar ya enteramente de múscu-
los, ni aun puedes reírte de tu propia deformi-
dad.... Ve al tocador de alguna de nuestras da-
mas, y dila para excitar su risa, que por mas

que se ponga una pulgada de afeite en el rostro,
al fin habrá de experimentar esta misma trans-
formacion.... *(Tira la calavera al monton de tierra
inmediato á la sepultura.)* Dime una cosa, Horacio.

HORACIO.

¿Cuál es, señor?

HAMLET.

¿Crees tú que Alejandro metido debajo de
tierra tendria esa forma horrible?

HORACIO.

Cierto que sí.

HAMLET.

¿Y exhalaria ese mismo hedor?... ¡Uh!

HORACIO.

Sin diferencia alguna.

*(El sepulturero 1.º, acabada la excavacion, sale de la se-
pultura y se pasea hácia el fondo del teatro. Viene despues el
sepulturero 2.º que trae el aguardiente, beben y hablan entre
si, permaneciendo retirados hasta la escena siguiente, como lo
indica el diálogo.)*

HAMLET.

¿En qué abatimiento hemos de parar, Hora-
cio!.... ¿Y por qué no podria la imaginacion se-
guir las ilustres cenizas de Alejandro hasta en-
contrarlas tapando la boca de algun barril?

HORACIO.

Á fe que sería excesiva curiosidad ir á examinarlo.

HAMLET.

No, no por cierto. No hay sino irle siguiendo hasta conducirlo allí con probabilidad y sin violencia alguna. Como si dijéramos: Alejandro murió, Alejandro fue sepultado, Alejandro se redujo á polvo, el polvo es tierra, de la tierra hacemos barro.... ¿Y por qué con este barro en que él está ya convertido no habrán podido tapar un barril de cerbeza? El Emperador Cesar, muerto y hecho tierra, puede tapar un agujero para estorbar que pase el aire.... ¡Oh! Y aquella tierra que tuvo atemorizado el orbe, servirá tal vez de reparar las hendiduras de un tabique contra las intemperies del invierno.... Pero callemos.... hagámonos á un lado, que.... sí.... Aquí viene el Rey, la Reina, los grandes.... ¿Á quién acompañan? ¿Qué ceremonial tan incompleto es este!.... Todo ello me anuncia que el difunto que conducen dió fin á su vida con desesperada mano.... Sin duda era persona de calidad.... Ocultémonos un poco, y observa.

ESCENA III.

CLAUDIO. GERTRUDIS. HAMLET. LAERTES. HORACIO.
UN CURA. DOS SEPULTUREROS. ACOMPAÑAMIENTO
DE DAMAS, CABALLEROS Y CRIADOS.

(Conducen entre cuatro hombres el cadaver de Ofelia, vestida con túnica blanca y corona de flores. Detras sigue el preste y todos los que hacen el duelo, atravesando el teatro á paso lento, hasta llegar adonde está la sepultura. Suena el clamor de las campanas. Hamlet y Horacio se retiran á un extremo del teatro.)

LAERTES.

¿Qué otra ceremonia falta? (6)

HAMLET.

Mira, aquel es Laertes, joven muy ilustre.

LAERTES.

¿Qué ceremonia falta?

EL CURA.

Ya se han celebrado sus exequias con toda la decencia posible. Su muerte da lugar á muchas dudas, y á no haberse interpuesto la suprema autoridad que modifica las leyes, hubiera sido colocada en lugar profano; allí estuviera hasta que sonase la trompeta final, y en vez de ora-

ciones piadosas, hubieran caído sobre su cadaver guijarros, piedras y cascote. No obstante esto, se la han concedido las vestiduras y adornos virginales, el clamor de las campanas y la sepultura.

LAERTES.

¿Con que no se debe hacer mas?

EL CURA.

No mas. Profanaríamos los honores sagrados de los difuntos cantando un *requiem* para implorar el descanso de su alma, como se hace por aquellos que parten de esta vida con mas cristiana disposicion.

LAERTES.

Dadla tierra pues. (*Ponen el cadaoer de Ofelia en la sepultura.*) Sus hermosos é intactos miembros acaso producirán violetas suaves. Y á ti, clérigo zafio, te anuncio que mi hermana será un ángel del Señor, mientras tú estarás bramando en los abismos.

HAMLET.

¡Qué!.... ¡La hermosa Ofelia!....

GERTRUDIS.

Dulces dones á mi dulce amiga. (*Esparce flo-*

res sobre el cadaoer.) Á Dios.... Yo deseaba que hubieras sido esposa de mi Hamlet, graciosa doncella, y esperé cubrir de flores tu lecho nupcial.... pero no tu sepulcro.

LAERTES.

¡Oh, una y mil veces sea maldito aquel cuya accion inhumana te privó á ti del mas sublime entendimiento!.... No.... esperad un instante, no echeis la tierra todavía.... No.... hasta que otra vez la estreche en mis brazos.... (*Métese en la sepultura.*) Echadla ahora sobre la muerta y el vivo, hasta que de este llano hagais un monte que descuelle sobre el antiguo Pelion, ó sobre la azul extremidad del Olimpo que toca los cielos.

HAMLET.

¿Quién es el que da á sus penas idioma tan enfático, el que asi invoca en su afliccion á las estrellas errantes, haciéndolas detenerse admiradas á oírle?.... Yo soy Hamlet, Príncipe de Dinamarca.

(*Atravesando por en medio de todos, va hácia la sepultura, entra en ella y luchan él y Laertes, y se dan puñadas. Algunos de los circunstantes van allá, los sacan del hoyo y los separan.*)

LAERTES.

El demonio lleve tu alma.

HAMLET.

No es justo lo que pides.... Quita esos (7) dedos de mi cuello, porque aunque no soy precipitado ni colérico, algun riesgo hay en ofenderme, y si eres prudente debes evitarle.... Quita de ahí esa mano.

CLAUDIO.

Separadlos.

GERTRUDIS.

¡Hamlet! ¡Hamlet!

TODOS.

¡Señores!

HORACIO.

Moderaos, señor.

HAMLET.

No, por causa tan justa lidiaré con él hasta que cierre mis párpados la muerte.

GERTRUDIS.

¿Qué causa puede haber, hijo mio?....

HAMLET.

Yo he querido á Ofelia, y cuatro mil herma-

nos juntos no podrán con todo su amor exceder al mio.... ¿Qué quieres hacer por ella? Di.

CLAUDIO.

Laertes, mira que está loco.

GERTRUDIS.

Por Dios, Laertes, déjale.

HAMLET.

Dime lo que intentas hacer. (*Los sepultureros llenan la sepultura de tierra y la apisonan.*) ¿Quieres llorar, combatir, negarte al sustento, hacerte pedazos, beber todo el Esil (8), devorar un caiman? Yo lo haré tambien.... ¿Vienes aqui á lamentar su muerte, á insultarme precipitándote en su sepulcro, á ser enterrado vivo con ella?... Pues bien, eso quiero yo; y si hablas de montes, descarguen sobre nosotros yugadas de tierra innumerables, hasta que estos campos tuesten su frente en la tórrida zona, y el alto Osa parezca en su comparación un terron pequeño.... Si me hablas con soberbia, yo usaré un lenguaje tan altanero como el tuyo.

GERTRUDIS.

Todos son efectos de su frenesí, cuya violen-

cia podrá agitarle por algun tiempo; pero despues, semejante á la mansa paloma cuando sienten animadas las mellizas crias, le vereis sin movimiento y mudo.

HAMLET.

Óyeme: ¿cuál es la razon de obrar asi conmigo?... Siempre te he querido bien.... Pero.... nada importa. Aunque el mismo Hércules con todo su poder quiera estorbarlo, el gato mayará, y el perro quedará vencedor.

(Vase Hamlet, y Horacio le sigue.)

CLAUDIO.

Horacio, ve, no le abandones.... Laertes, nuestra plática de la noche anterior fortificará tu paciencia mientras dispongo lo que importa en la ocasion presente.... Amada Gertrudis, será bien que alguno se encargue de la guarda de tu hijo.... Esta sepultura se adornará con un monumento durable.... Espero que gozaremos brevemente horas mas tranquilas, pero entretanto conviene sufrir.

ESCENA IV.

Salon del palacio, el mismo que sirvió para la representacion, con asientos que han de ocuparse en la escena IX.

HAMLET. HORACIO.

HAMLET.

Baste ya lo dicho sobre esta materia. Ahora quisiera informarte de lo demas; ¿pero te acuerdas bien de todas las circunstancias?

HORACIO.

¿No he de acordarme, señor?

HAMLET.

Pues sabrás (9), amigo, que agitado continuamente mi corazon en una especie de combate, no me permitia conciliar el sueño, y en tal situacion me juzgaba mas infeliz que el delincuente cargado de prisiones. Una temeridad.... Bien que debo dar gracias á esta temeridad, pues por ella existo.... Sí, confesemos que tal vez nuestra indiscrecion suele sernos util, al paso que los planes concertados con la mayor sagacidad se

malogran; prueba certísima de que la mano de Dios conduce á su fin todas nuestras acciones, por mas que el hombre las ordene sin inteligencia.

HORACIO.

Asi es la verdad.

HAMLET.

Salgo pues de mi camarote, mal rebujado con un vestido de marinero, y á tientas, favorecido de la obscuridad, llego hasta donde ellos estaban. Logró mi deseo, me apodero de sus papeles y me vuelvo á mi cuarto. Allí, olvidando mis rezelos toda consideracion, tuve la osadía de abrir sus despachos, y en ellos encuentro, amigo, una alevosía del Rey. Una orden precisa, apoyada en varias razones de ser importante á la tranquilidad de Dinamarca y aun á la de Inglaterra, y..... ¡oh! mil temores y anuncios de mal si me dejan vivo..... En fin, decia que luego que fuese leida, sin dilacion ni aun para afinar á la segur el filo, me cortasen la cabeza.

HORACIO.

¿Es posible?

HAMLET.

Mira la orden aqui (*Le enseña un pliego, y vuelve*

á guardársele.): podrás leerla en mejor ocasion; pero ¿quieres saber lo que yo hice?

HORACIO.

Sí, yo os lo ruego.

HAMLET.

Ya ves como rodeado asi de traiciones, ya ellos habian empezado el drama aun antes de que yo hubiese comprendido el prólogo. No obstante, siéntome al bufete, imagino una orden distinta, y la escribo inmediatamente de buena letra..... Yo creí algun tiempo (como todos los grandes señores) que el escribir bien fuese un desdoro, y aun no dejé de hacer muchos esfuerzos para olvidar esta habilidad; pero ahora conozco, Horacio, cuán util me ha sido tenerla. ¿Quieres saber lo que el escrito contenia?

HORACIO.

Sí señor.

HAMLET.

Una súplica del Rey dirigida con grandes instancias al de Inglaterra, como á su obediente feudatario, diciéndole que su recíproca amistad floreceria como la palma robusta; que la paz coronada de espigas mantendria la quietud de am-

*

bos imperios, uniéndolos en amor durable, con otras expresiones no menos afectuosas; pidiéndole por último, que vista que fuese aquella carta, sin otro examen, hiciese perecer con pronta muerte á los dos mensajeros, no dándoles tiempo ni aun para confesar su delito.

HORACIO.

¿Y cómo la pudiste sellar?

HAMLET.

Aun esto mismo parece que lo dispuso el cielo, porque felizmente traía conmigo el sello de mi padre, por el cual se hizo el que hoy usa el Rey. Cierro el pliego en la forma que el anterior, póngole la misma direccion, el mismo sello, le conduzco sin ser visto al mismo parage, y nadie nota el cambio.... Al dia siguiente ocurrió el combate naval: lo que despues sucedió, ya lo sabes.

HORACIO.

De ese modo Guillermo y Ricardo caminan derechos á la muerte.

HAMLET.

Ya ves que ellos han solicitado este encargo: mi conciencia no me acusa acerca de su casti-

go.... Ellos mismos se han procurado su ruina.... Es muy peligroso al inferior meterse entre las puntas de las espadas cuando dos enemigos poderosos lidian.

HORACIO.

¡Oh, qué Rey este!

HAMLET.

¿Juzgas tú que no estoy en obligacion de proseguir lo que falta? El que asesinó á mi padre y mi Rey, que ha deshonorado á mi madre, que se ha introducido furtivamente entre el solio y mis derechos justos, que ha conspirado contra mi vida valiéndose de medios tan alevés.... ¿No será justicia rectísima castigarle con esta mano? ¿No será culpa en mí tolerar que ese monstruo exista para cometer como hasta aqui maldades atroces?

HORACIO.

Presto le avisarán de Inglaterra cuál ha sido el éxito de su solicitud.

HAMLET.

Sí, presto lo sabrá; pero entretanto el tiempo es mio, y para quitar á un hombre la vida un instante basta.... Solo me disgusta, amigo